

## Sin brújula en la tempestad. El COVID en tres tiempos y territorios

# 4

Hugo José Suárez  
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

### *Escribir sobre el COVID*

no es tarea fácil. Al menos no para mí. Lo he intentado muchas veces y siempre termino por abandonar la tarea.

Desde que comenzó la pandemia incluso he evitado nombrarlo, teclear las cinco letras y menos redactar algo analítico, con datos, con teoría, con método. Algo “científico”, pues. ¿Qué hacer con tanto miedo, tanto dolor, tanta incertidumbre vivida? ¿Cómo pasar por la razón lo que nos arrincona el alma? Hará unos cinco años organicé en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM un seminario académico que titulé “*Descubrir y escribir. Dilemas narrativos en las ciencias sociales*”. El azar hizo que el encuentro sucediera unos días después de aquel terremoto de septiembre, el de 2017. Varios colegas compartieron sus reflexiones, pero una investigadora que vivía en un departamento en quinto piso de la Condesa, y que por tanto había sufrido el terror de la posibilidad de que su vivienda se viniera abajo con ella adentro, archivó lo preparado para el seminario y trajo una nueva pregunta: “¿Cuáles son las condiciones para que los académicos podamos escribir sobre un tema?”. A veces, decía con certeza, el silencio habla.

Por eso cuando me llegó la generosa invitación a colaborar con este estimulante volumen dudé mucho en aceptar. No tengo datos “duros”, no he hecho

investigación sistemática, no he leído interpretaciones lúcidas que me ayuden a entender mejor lo que ha sucedido. Solo tengo mis miedos, mis angustias, mi pesar. ¿Qué decir? ¿Desde dónde hablar? Cuando empezó este período tan incierto, yo, pasmado, no pude redactar nada, ni si quiera el diario personal con el que me encuentro casi todas las noches. Estaba en París -volveré al tema- y una colega desde Argentina me dijo: “Hugo: no dejes de escribir lo que estás viendo”. No pude hacerlo del todo, tomé notas sueltas, fotos, guardé recuerdos. Pero ahora sí acepto el desafío, parto de un puerto inundado a un rumbo denso, tanto en las letras como en el destino. Tal vez no sea tiempo las palabras, o talvez hay que forzarlas, exigirles, someterlas, aunque prefieran quedar guardadas.

Y voy a hacerlo desde dos lugares que mis lectores sabrán tolerar, incluso comprender. La sociología que exploro hace más de un lustro la he denominado “vagabunda”, no en su acepción de falta de esfuerzo, sino en su dimensión de movimiento, de errancia, de exploración. Sí, es una manera de buscar sin detenerse, de transitar por las ideas, por las experiencias, por los formatos. Pasar de lo sucedido en la cotidianidad al dato de una encuesta, del concepto sociológico a la metáfora narrativa, del número a la emoción. Una manera de pensar en libertad, de escribir sin frenos. En cierto sentido, esto implica ingresar en el escenario, meterse al cuadro como lo hacía Diego Rivera, o Marshall Berman cuando explica la modernidad desde su infancia en Nueva York (Berman, 2011; 2009). ¿Se puede escribir del COVID de otra manera? Muchos sí lo logran, no yo.

Por otro lado, lo que aquí propongo no es nuevo. Por suerte no son pocos los autores que se han logrado sacudir de los protocolos científicos de presentación de resultados y “control” de subjetividades del investigador, y han explorado rutas alternas para expresar, pensar y descubrir (Morin, 1994; Morin, 2012; Trejo y Waldman (Coord.), 2018; Eribon, 2015; Eribon, 2016; Suárez, 2018). De hecho, hace poco llegó a mis manos un libro que, en la larga lista de académicos que apuntan en la misma dirección, recogía las ponencias de un seminario realizado en el 2013 en el Laboratorio de Antropología Prospectiva de la Universidad Católica de Lovaina donde abordaban el tema “Intimidad y reflexividad”. Aquel colectivo se puso a reflexionar

sobre la intimidad del recorrido de cada investigador y su comunicación con los demás, entre lo individual y lo compartido, entre uno mismo y la alteridad. Poner al investigador íntegramente -con la dimensión emocional y social a la vez- en la discusión académica invita a repensar la relación entre conocimiento científico y sujetos de su producción; “defendemos un proyecto de conocimiento que no puede existir fuera de la trayectoria del investigador, fuera de sus experiencias vividas”. Es una apuesta a “tratar de manera indisociable reflexividad e intimidad” sin reducir una a la otra y sin caer en la confesión o la catarsis, pero permitiendo el intercambio de ambas y asumir la osadía de tomar en cuenta -y compartir- “nuestras sensibilidades en nuestras prácticas” (Defreyne, Mesturini, Hagad Mofrad, Vuilleminot, 2015: 7-9).

Por eso me atrevo a escribir lo que sigue, no desde los datos más objetivos, desde las encuestas, desde las estadísticas -aunque no las evito-, y vuelvo a la historia de un investigador mexicano que le tocó atravesar la tormenta de la pandemia sin brújula. Escribo estas líneas en el formato narrativo de que utilizó, entre otros, Luis González y González, evitando rupturas en la exposición de los datos y, a la vez, trenzando emociones, argumentos e historias. Retomo, pues, la idea que estaba inscrita en la carta en la cual gentilmente me invitaron a participar en este emprendimiento: “cómo se ha vivido” la pandemia; y más: me guía la interrogante cómo *yo* la viví. Y parece pertinente voltear sobre el tema porque, por cuestiones profesionales, en los dos años de mayor intensidad del COVID en el planeta me tocó transitar por Francia, México y Bolivia. Desplazamientos territoriales empapados de miedo, aviones, pasaportes, noticias, contextos. Todo tan diferente con un solo telón de fondo, un solo hilo conductor: el virus.

He contado en otros textos

*cómo recibí las noticias del COVID desde París,* mientras concluía una estancia como profesor e investigador invitado en la Universidad de la Sorbona Nueva (Suárez, 2022; 2023). Retomo algunos recuerdos y episodios ya contados en los textos que acabo de evocar, aun corriendo el riesgo de parecer repetitivo en algunos momentos.

La irrupción del COVID fue sorpresiva. La noticia a finales de 2019 sobre un nuevo virus en China no era motivo de preocupación; cada año en algún lugar de los periódicos hay información sobre las nuevas enfermedades. Para mí pasó casi desapercibida. Pero poco a poco el tema iba cobrando más importancia. Vivía en Montmartre, zona turística de París, particularmente con muchos visitantes orientales. Rápidamente apareció el estigma hacia los chinos, lo que se matizó cuando al poco tiempo se supo de un fuerte brote en el norte de Italia. Yo estaba muy calmado, me parecía todo un poco alarmista, innecesariamente exagerado. Tenía el recuerdo del 2009, cuando en México apareció la influenza H1N1. Fueron dos semanas de encierro que me parecieron eternas; las cosas no irían mucho más allá de eso; si acaso un tiempo de no salir, punto. Incluso pensé en lo pedagógico que sería la experiencia para mis hijas en términos del cuidado de la salud, la atención a las noticias serias y las normas de las autoridades, etc. Estaba claramente equivocado.

Repentinamente todo parecía cada vez más oscuro, el número de contagios, las muertes y el miedo mundial inundaban la radio. La palabra COVID resonaba cada vez más y siempre con una carga de angustia tendencialmente más profunda. Ya no había espacio para nada más. El tema cobró la mayor importancia, obligó a las más altas autoridades a tomar una postura, a decir algo, una voz en la cual refugiarse. A mediados de marzo de 2020 el presidente francés Emanuel Macron dio mensaje televisado a la nación. Nunca lo había visto con tanta atención y tanto tiempo, toda la familia estuvo pegada a la pantalla. Quedé pasmado. Toda la fuerza del sistema de salud pública francés estaba sobrepasada; se decía que en algunos lugares las muertes eran tantas que se empezaba a discriminar qué cuerpo tenía más posibilidades de sobrevivir para recibir la poca atención médica, los más jóvenes serían los privilegiados. Unos días más tarde, Macron volvió con otro discurso y retomando la frase bélica que no había resonado hacía décadas en el país: “estamos en guerra”. Se apoderó la incertidumbre de recibir al virus, como si fuera un monstruo invisible, un huracán de pronta irrupción; incluso con la sofisticación tecnológica y el notable manejo de información precisa en Francia, se mostraba cómo iba avanzando día a día la mancha viral en un mapa del terror; estaba cerca, cada día más cerca. En pocas horas llegaría el malvado e implacable virus a los

alrededores de París llevándose a quien se pusiera en frente. El ambiente apocalíptico contaminaba el aire. Escuchar el noticiero se convirtió en un insumo para la desolación, decidí que solo captaría la señal de la radio que transmite jazz, y una vez al día pasaría por el informativo. Muchas preguntas rondaban sin encontrar una tímida respuesta: ¿Cuánto va a durar? ¿Cómo nos vamos a proteger? ¿Cuándo descubrirán una vacuna, un tratamiento? ¿Resistiremos? ¿Sobreviviremos? Con los vecinos comentábamos si alguien había tenido el COVID; muchos contaban las historias de sus cercanos.

El drama asumía rostros, las muertes tenían nombre. Llegaron las restricciones: no se podía salir a la calle, solo para cuestiones prácticas y no más de una hora y a un kilómetro a la redonda del domicilio. Había que sacar un permiso y mostrarlo a la policía que vigilante podía pedirlo en cualquier momento, de lo contrario se era acreedor a una dura multa. Las calles quedaron vacías, salieron los pájaros, crecieron las plantas, todas las esquinas se llenaron de polvo. Era el escenario urbano de la desolación, una ciudad sin ciudadanos, una urbe sin vida. La ciudad luz sin brillo, apagada, agonizante.

La primera vez que fui al mercado fue impactante, varios estantes vacíos y la gente asustada; en algunos la fila de entrada era enorme. No había recursos básicos para enfrentar el virus, ni alcohol ni cubrebocas. Conseguí una “fórmula” fabricada para matar bacterias y virus que me vendieron en la farmacia a precio de oro, la única protección era no salir. Al llegar a casa empezamos con un protocolo de sanitización de los productos. Todos eran regados con alcohol antes de ir a la alacena, y las frutas lavadas con agua y jabón.

Empezamos con una nueva lógica. Mi departamento no era de más de 55 metros, así que había que optimizar todos los espacios. Mis hijas dejaron de ir a la escuela y todos tuvimos que ocupar el pequeño espacio y la única computadora para clases y trabajo, distribuyendo de otra manera la vida cotidiana.

Organizamos un universo íntimo complejo. Trabajaba en mi cama que se convirtió en escritorio mientras mis niñas usaban la mesa del comedor. Tomaba mi café de media mañana -solía hacerlo en algún local- tendido en la cama entre mis cuadernos, notas y la computadora; eso cuando podía trabajar esquivando la depresión y la angustia. Acudí a unos audífonos que me regalaron en mi cumpleaños para aislarme del ruido interno de casa y procurar con-

centración, a veces lo lograba, no siempre. Como al principio no se podía salir, empezamos a hacer ejercicio dentro de casa. Subía y bajaba los seis pisos de mi edificio varias veces hasta sentir sudor y cansancio escuchando música en mis audífonos. Lo propio mis hijas, empezamos a contar los minutos que tomaba subir un piso y a hacer cálculos ociosos. Procuré un orden y rutinas en el hogar, desayunábamos a la misma hora de siempre, almorzábamos y cenábamos con la regularidad de una vida “normal”. Incorporamos un par de iniciativas: todas las noches se instaló la práctica de salir al balcón a las ocho por un minuto a aplaudir al personal médico y para dar valor a los enfermos. Cumplimos rigurosamente con la práctica. Luego veíamos una película todos juntos, tratando de relajarnos. Intentamos algunas terapias familiares, la más práctica fue fabricar nuestros propios cubrebocas, pues no había en el mercado. Mi hija mayor vio varios tutoriales en internet, qué telas servían, cómo construirlos. Tuvimos así cada uno una mascarilla artesanal confeccionada con pedazos de telas africanas que habíamos guardado. Aprovechábamos cuando se podía la salida diaria de una hora, era el momento de tomar aire e intentar despejar la cabeza, al menos un poco.

Fueron 55 días de encierro en 55 metros de mi departamento. Ni bien pude, salí a correr en la mañana cerca del barrio. Como era primavera, la naturaleza había retomado su lugar. El excremento de los pájaros cubría coches enteros, motos, aceras por las cuales era imposible pasar. Las ramas invadían los senderos, los pastos impedían el movimiento. El primer día que pude tomar un café fue inolvidable. Fui a un local cercano y me pedí un expreso para llevar; me desinfecté las manos con abundante alcohol. Con la pequeña taza de cartón entre los dedos, me senté en un banco de una calle típica, arbolada y espaciosa. Saqué mi libreta de notas y empecé a trabajar. Todo fluyó. Era la primera vez en casi dos meses que hacía algo a lo que estoy acostumbrado: escribir con una tacita al frente.

La vida no se fue normalizando, pero sí paulatinamente entramos en una nueva etapa. Con las restricciones más laxas, la gente salía a la calle, con mascarillas que ya se podían adquirir en cualquier comercio, con gel de fácil disposición. Había pasado la “primera ola”; vendrían más. En los bares se veía personas, en las plazas y parques muchos retomaban la típica práctica

del picnic. Por mi parte, se acercó la hora de planificar la vuelta a México, todavía en un panorama turbio. Decidimos ir a Euro Disney para relajarnos antes de dejar París. Era de las primeras diversiones públicas que se abrían. Estaba vacío, pocas filas, distancia, alcohol. Pero no impedía que rondaran los miedos instalados. Mientras mis hijas subían a una montaña rusa, empecé a sentir dolor de cabeza, cierto malestar -por cierto, incontables veces he sentido los mismos síntomas estos dos años pandémicos-. Me invadieron las preguntas perversas que se convirtieron en un patrón de temporada: ¿tendré el virus? ¿Qué pasa si estoy enfermo? ¿Resistirá mi cuerpo? ¿Tendría que anular próximo vuelo, reprogramar, pedir a mi casera quedarme más tiempo? Pedí cita con tres médicos distintos al día siguiente. No tenía nada clínico, o más bien mucha angustia.

En julio de 2020 llegué

*otra vez a México*

luego de dos años de ausencia. Las cifras todavía no eran tan brutales como lo fueron meses más tarde, aunque, como siempre, en el país nada es pequeño. El número de contagios diarios pasaba los 6,300 casos, y los difuntos eran más de 580 personas. A diferencia de los 55 metros del departamento parisino, aquí tenía una casa de campo de más de 1,200 metros, a una hora de la Ciudad de México, hacia el sur. Durante meses habíamos fantaseado con la vuelta a México, nos teníamos que reencontrar con todo: la comida, los amigos, la ciudad, el cine, los bares, los cafés, la Ciudad Universitaria, Coyoacán, las playas. Mis hijas en plena adolescencia avivaron sus ganas de volver por verse con sus antiguas compañeras. Estaba claro que nada de eso iba a ser posible, estaríamos aislados del mundo al que queríamos insertarnos.

Visto fríamente, era el lugar ideal para un confinamiento; si bien es imposible pensar en darse un paseo por el bosque -se corre el riesgo de no volver y la zona es fría y húmeda -se acercaba el invierno-, el espacio era suficiente para gozar de una comodidad inigualable. Los cuatro miembros de mi familia teníamos todo para distraernos: películas, libros, juegos de mesa, paisaje, parrilladas, pasto, lluvia, fuego en las noches, música. Salíamos poco, y normalmente al pueblo cercano para hacer algunas compras o eventualmente a un

supermercado a Cuernavaca. El problema era que se iba la luz y el internet con frecuencia, más si llovía, y hasta que vuelva podían pasar unas horas, hasta días, pero no impedía una sensación de refugio. A pesar de que el mundo se venía abajo, que las noticias eran aterradoras, teníamos algo de sosiego -no mucho-, sin contar con que la familia atravesó por otro episodio dramático que no voy a evocar aquí, pero que nos puso a todos al borde de la cordura.

Hubo que resolver cuestiones operativas. Empezaba el año escolar y había que tomar decisiones sobre la formación de mis hijas. No había el menor indicio de cuándo volverían las clases presenciales, y ante el temor de que todo ese tiempo sea desperdiciado en términos educativos, decidimos inscribirlas a un programa francés de educación a distancia. Pusimos reglas y horarios cual si fuera un colegio. A las ocho de la mañana estaban en su computadora cumpliendo con sus materias y deberes. Como sociólogo que soy, pensé en el daño que les haría eliminar la función disciplinaria -en su rostro más noble- de la escuela, cuánto les costaría retomar los formatos de los cursos y los conocimientos si se quedaban a merced del vacío.

Una mañana, mi hija Anahí, de 13 años, tuvo dolor de estómago, dolor de garganta y un poco de fiebre. El miedo se apoderó de todos, ¿tocaba el COVID las puertas de la casa? Fuimos al pediatra que aseguró que muy probablemente lo tenía o tal vez ya estaba de salida. No recomendó hacer la PCR, solo esperar si alguien tenía un síntoma mientras nos recetaba antibiótico para todos. La espera cabalga sobre la angustia. Como en toda la pandemia, todos sentimos algo, un “síntoma” que por banal que pareciera podría devenir en fatal. El dolor de cabeza nos rondó a cada miembro del hogar, nos tomábamos la temperatura varias veces al día, cualquier tos era sospechosa, un catarro, una molestia en el estómago podían ser indicios tremendos. Pasaron los días y ninguna expresión corporal fue tan contundente como para reafirmar el probable diagnóstico inicial. A las semanas no corrimos con la misma suerte.

Un año atrás a Loida, mi suegra, le detectaron un cáncer en el pulmón. La noticia fue devastadora, estábamos en París, por lo que mi esposa fue a acompañarla unas semanas a Bolivia, que se convirtieron en meses porque la agarró el cierre de fronteras por la pandemia. El tratamiento con quimioterapia duró varios meses, fue difícil pero relativamente eficaz. Luego de un semestre se



había logrado detener la enfermedad, y aunque no estaba superada, al menos controlada. Entretanto llegó el COVID a Bolivia y empezó a llevarse vidas sin discriminación. Ella tuvo todos los cuidados iniciales saliendo poco, pero cuando todo indicaba que se podía retomar la calle, no dudó en realizar algunas compras cotidianas en los mercados cercanos a su casa, en La Paz.

Un día, luego de ir por el pan, llegó con un esfuerzo excesivo, casi sin poder caminar. Desde entonces cada día empeoraba, hasta que su debilidad se hizo insostenible, no podía ni vestirse sola. Daniel -mi cuñado que vivía con ella- la llevó en brazos al hospital e inició el calvario. Los diagnósticos no eran acertados: que tiene piedras en la vesícula, que hay que operar de emergencia, pero no se puede por su condición general, que probablemente sea COVID por su pobre saturación de oxígeno. Le hicieron un test rápido que salió negativo, lo que no impidió la desalentadora frase de los doctores: “tal vez no pase la noche”. Al día siguiente despertó más estable, débil. Daniel le llevó galletas que no quiso comer y tuvo unos cortos momentos de lucidez. En el hospital público paceño estaba en condiciones poco adecuadas, la designaron en una sala con pacientes con COVID por la sospecha del día anterior, acentuando la posibilidad del contagio en caso de que no lo hubiera tenido ya. En la noche Cathia, mi esposa, no durmió, solo lloraba. Como en esos días había llovido, se fue la red de internet y quedamos relativamente incomunicados, pues en la zona no entra la señal a los celulares, solo esporádicamente llegan algunos mensajes de WhatsApp, para lo cual hay que subir a la terraza de la casa y esperar pacientemente por si en algún momento llega alguna información. Para no triangular, Daniel creó un grupo de WhatsApp “Salud de Loida” con mi esposa y conmigo, en la perspectiva de multiplicar las posibilidades de que lleguen los mensajes. En la mañana, temprano, mi esposa salió a unas cuadras cerca de la casa para intentar “agarrar red”, pues subiendo unos ciento cincuenta metros calle arriba suele haber señal. Llegó llorando, no pudo hablar con su hermano que también estaba en llanto, Loida tuvo una noche horrenda en el desolador hospital. Estábamos en casa, yo me preparaba para salir, luego de desayunar, pues tenía una agenda ya prevista en la Ciudad de México. Cathia subió a la terraza a ver si había red. Estaba por despedirme de mis niñas, decirles que estén atentas, que tal vez mamá tenga

que salir a agarrar red y que por unos minutos se tendrían que quedar solas. Me disponía a darles besos y luego ir a despedirme de mi esposa en la terraza, pero segundos antes de atravesar la puerta de salida de su cuarto, entró un mensaje al grupo creado por Dani: “ha fallecido mi mami por COVID”. Eran las 8:30 de la mañana. Cathia no había recibido todavía el mensaje, les comuniqué la noticia a mis hijas con un gesto de tristeza, se vinieron las lágrimas. Salimos los tres a la terraza al encuentro de Cathia que seguía en su inútil intento de la red. Se lo comuniqué sin ambages, directo, sin perder tiempo. Estábamos los cuatro en el pequeño corredor de la casa, nos abrazamos y lloramos. Salimos inmediatamente en coche calle arriba, a encontrar conexión. Nos bajamos todos del automóvil porque en esa zona es peligroso estar dentro; Cathia habló con su hermano, yo con mi madre y hermana. Todo estuvo muy triste, duro, pesadumbre. El COVID es un fantasma, un monstruo que actúa en lo oscuro. Su estrategia es la sorpresa, se monta en el miedo que le tenemos y en sus impredecibles consecuencias. Me sentí un papalote en un vendaval, prendido a la tierra por un hilo cada vez más frágil.

La muerte de Loida aceleró nuestra ida a Bolivia. Tocó que llegaba mi año sabático, así que institucionalmente cuadraba con la exigencia familiar. Empezó otra tarea difícil de cumplir. Por la pandemia, por un lado, algunas fronteras estaban cerradas –la boliviana– y todas las aerolíneas estaban sobrepasadas. Lo que es habitual en tiempos normales, como comprar pasajes aéreos por internet, en ese momento se convirtió en una tarea titánica. La información se cruzaba, las líneas telefónicas prácticamente no funcionaban, nadie tenía datos correctos. Éramos cinco pasajeros con la urgencia de volar a Bolivia con un perro y un gato. Buscamos por las páginas más tradicionales como “despegar” o “Edreams”, luego por las de las compañías aéreas; poco éxito. Salían las combinaciones más extrañas, carísimas, insensatas. Nunca es fácil llegar a La Paz, pero con la pandemia en plena vigencia era una misión imposible. Finalmente logramos el cometido, pero había un pequeño inconveniente que arreglar. Parecía fácil. Al día siguiente Cathia fue a la oficina de la aerolínea en Av. Reforma, que se encuentra a un par de horas de mi casa de Huitizlac. Su encuentro con la realidad del “cara a cara” -o barbijo a barbijo- en el peor momento de la ola era disfuncional. Filas enormes en la calle, cada

pasajero con alguna queja diferente, unos que se quedaron varados, otros que perdieron el vuelo, otros que requirieron cambiarlo. Nada en su lugar. Luego de horas de fila en la calle, llegó a la ventanilla y quien atendía no pudo resolver nuestro asunto. Todo el día perdido en vano.

Para hacer el viaje a Bolivia teníamos que tener todos la prueba negativa reciente de COVID, por lo que fuimos dos días antes del vuelo. El tiempo cuadraba bien, nos darían el resultado y al día siguiente viajábamos. Realizamos la toma de la muestra, introduciendo un largo cotonete por la nariz hasta la frontera del cerebro, y el resultado debían enviarnos por correo electrónico a las 24 horas.

Era de mañana, Cathia y las chicas salieron, yo estaba esperando pendiente en la computadora. Llegó primero, el de mi hija menor, Anahí: negativo. Respiré tranquilo, si una persona no tenía el virus, lo más probable era que ninguno lo tuviera porque vivíamos juntos. Luego la prueba de Canela, mi hija mayor: negativo. Continué con el de Cathia ya prácticamente con certeza, pero se impuso la sorpresa: era positivo. La vi una y otra vez. No entendía, qué pasó, ¿por qué todos negativos y ella no?

La llamé por teléfono y empezó el nuevo protocolo. Por un lado, busqué una nueva prueba, pues había escuchado que, como todo era poco preciso, a menudo sucedían “falsos positivos”. El problema era el tiempo, el reloj corría y no teníamos seguridad si pudiéramos viajar; había que hacer maletas, contratar el taxi y organizar todo para el viaje. Un amigo me dijo que había un laboratorio en el que hacían el test con mayor rapidez, así que empezamos el procedimiento, mi esposa fue hasta el laboratorio a que le tomen la prueba. Por otro lado, procedimos con el protocolo de aislamiento en el hogar. Cathia se quedó en el cuarto, desalojé el escritorio, saqué mis cosas y no volvimos a tener contacto. En la noche cené con ella desde el balcón, con un vidrio en medio. Al día siguiente era cumpleaños de mi hija Canela, así que el “festejo” fue bizarro. Le cantamos *Las Mañanitas* y Cathia lo hacía por celular desde el cuarto contiguo por videollamada; temprano fuimos a Coyoacán a hacernos una prueba rápida para corroborar que no teníamos el virus -dos horas de fila-, y luego a Reforma a comer hamburguesas para no sentir tanta tensión. Volvimos a casa e intentamos llevar adelante el cumpleaños forzando

la alegría. Nos subimos a la terraza a cantar canciones alusivas y comer pastel. Cathia se sentó a dos metros de distancia, sin cantar. El reloj apretaba, bordeábamos las últimas horas que podrían definir si viajábamos o no. Cada treinta minutos mandaba un mensaje de WhatsApp preguntando si había un resultado. Nada. Cathia en su cuarto y nosotros tratando de matar el tiempo, con el aire denso y los nervios en punta. A eso de las nueve de la noche llamé por teléfono, me contestó un funcionario que luego de escuchar su nombre, me dijo: “es negativo”. No repetí la palabra hasta que reconfirmé: “¿está usted seguro?”, “sí, es negativo”, contestó. Lo repetí en voz alta y mis hijas abrieron la puerta del cuarto de su madre y se lanzaron a abrazarla. Corría la vida, no había sana distancia que respetar. Solo entonces pudimos continuar con

*el viaje a Bolivia.*

Llegamos en un momento donde el número de contagios era menor, la primera ola ya había pasado, pero en pocos días todo cambió. Llegó otra ola con su expansión terrorífica. Un domingo fuimos a comer donde mi madre; por seguridad, nos acomodamos todos en el jardín con sillas separadas, sin una mesa central. Cada quien agarraba su plato, se quitaba el cubrebocas, comía, y luego nuevamente la mascarilla. En la mesa, al lado de la alcuza, había gel y alcohol para el que lo desee. Empezó a caer la tarde, mi mamá sugirió que pasáramos a la sala cerrada para evitar el frío, pero mi hermana y yo negamos la gentil oferta. En la noche, el hermano de mi esposa que estuvo el domingo en la reunión familiar le contó que se sentía débil, como gripe y dolor en las piernas. Lo calmamos, todo dolor se asocia ahora con COVID, lo que no necesariamente es cierto. Se encerró por precaución, y se hizo un análisis de orina pensando que podría ser algo renal. Su análisis no arrojó nada extraño, así que al día siguiente optó por la PCR. Estábamos muy nerviosos, Cathia había platicado con él en un cuarto cerrado un poco antes de los síntomas. Daniel dio positivo, tenía COVID. Nuevamente se apoderó de nosotros un miedo aterrador. Tenía que aislarse, pero como vive solo con sus dos hijos de 10 y 13 años, ellos tenían que venir con nosotros; claro, antes había que comprobar que no estuvieran infectados. Los niños y mi esposa se hicieron la PCR, todos negativos. Les explicamos a mis niñas que con optimismo juvenil dijeron: “será una pijamada permanente”.

Esa misma noche mi hija menor tuvo diarrea y vómitos, fuimos al pediatra de urgencias al amanecer, que solo diagnosticó un mal estomacal.

El clima de información sanitaria volvió a ser tenebroso. El crematorio del Cementerio General quedó sobrepasado, los contagios no dejaban de subir tocando al alcalde y al canciller, una noche se recogieron tres cadáveres en las calles presuntamente por COVID, los hospitales estaban saturados, no había oxígeno. A la vez, militantes del Partido Humanista quemaron barbijos en la plaza de Quillacollo (Cochabamba) como un acto de “desobediencia civil” contra las medidas sanitarias. Evocaban la actitud de Gandhi, argumentando que estaban en contra del “orden internacional impuesto”. Algún manifestante llevaba una playera que reproducía la emblemática frase del himno nacional: “Morir antes que esclavos vivir”. Además, había demasiada gente en la calle, en el transporte público, en las oficinas, en las plazas.

Nosotros como ciudadanos no sentíamos que la autoridad en sus distintos niveles hiciera nada eficaz. El sistema de salud precario no daba abasto. Funcionarios pasmados, población desprotegida, nada nuevo en Bolivia. En el mercado una vendedora me dijo: “llévese alcohol, pronto va a escasear”. Su proyección era tan realista como aterradora. Tuve miedo, mucho miedo, sin olvidar que solo habían pasado unos meses de la muerte de mi suegra. Todo estaba fuera de control, nadie podía enfrentar al letal monstruo invisible. Empezamos con un desatinado recuento de los enfermos y fallecidos cercanos. No ayudaba, pero era catártico. En casa programamos tres fases de reacción: la primera era una vida pública con cuidados (barbijo, alcohol); la segunda, no encuentros sociales ni públicos, solo privados o familiares, y la tercera, autoconfinamiento y solo salidas estratégicas e inevitables (banco, mercado, médicos). Entramos en la tercera fase automáticamente.

Daniel -completamente aislado y recibiendo la comida que diariamente mi esposa le llevaba, le dejaba en la puerta, tocaba el timbre y partía- se sometió al cañonazo de pastillas diarias, y por suerte se recuperó en unos días sin mayores consecuencias. Nosotros vivimos en “pijamada permanente”, y cuando mi cuñado volvió a hacerse la prueba, ya sano, vino a recoger a sus hijos. Nos abrazamos en la entrega de los niños, todos lloramos, festejamos que la vida continuara.

Superamos el episodio y hubo calma por unas semanas. A finales de marzo apareció otra noticia inquietante: surgió la “cepa amazónica”. Dijeron que era más contagiosa, más rápida, más mortal. Otra vez el escenario apocalíptico, ese sentimiento de que no hay futuro, que nuestro mundo está por terminar. Me volvió poseer el desasosiego, el sentimiento de indefensión. Otra vez: ¿podré aguantar tanto peso, tanta incertidumbre? En casa pasamos a la “fase tres” de autoaislamiento. Volvieron -aunque nunca se fueron del todo- los dolores de cabeza, el escalofrío repentino, el malestar físico inexplicable. Difícil sacudirse del ambiente tétrico, no hay dónde esconderse. A las pocas semanas, la única esperanza se abrió paso entre la tupida maraña, una sola palabra cargaba toda la expectativa: vacuna. Empecé el trámite de darme de alta en el sistema de salud boliviano, una peregrinación administrativa. Como no vivo en Bolivia y solo estoy de paso, tuve que encontrar el lugar donde poder inscribirme; fui de una oficina a otra, de una hora a otra, hasta que luego de un largo camino lo logré. Pero faltaba lo más importante: el pinchazo.

Una tarde, desde mi departamento en el centro de la ciudad, vi un barullo más allá del habitual. Era una caravana de coches, policías, ambulancias, y, al medio, un camión blanco. Todas las sirenas encendidas y las bocinas anunciando el paso. La gente alrededor de la calle conmovida, viendo pasar una posible salvación, algunos aplaudiendo. Había llegado la inoculación. Pero el número era muy reducido, y el proceso comenzaría por los adultos mayores, lo que no impidió que varios de mis amigos encontraran una ruta alterna para recibirla por azar o estrategia, finalmente las formas en Bolivia siempre son negociables. Al mismo tiempo, varios de mis contemporáneos en el mundo colgaban sus fotos del momento del pinchazo, los miraba con envidia. Empezó otra travesía. Decían que en un centro del sur estaban vacunando incluso a los menores de 60 años (ahí cabía yo), fuimos corriendo, y nada. Luego que en otro centro; tampoco. Uno más, sin suerte. Al mismo tiempo mi hija Canela tuvo gripe, nada indicaba que tuviera COVID, pero un día perdió el olfato. Fuimos a hacerle la prueba, negativa. Entendí por primera vez lo que ya había escuchado: “COVID psicológico”.

En mayo de 2021 refrendé mi confianza en la medicina. Tocó la inoculación a la gente de mi edad. Fui temprano, hice una larga fila. Luego de

protocolos, preguntas administrativas y toma de datos médicos (temperatura y presión), pasé a manos de una enfermera que me advirtió que podía doler la penetración de la fina aguja en el brazo, solo respondí sonriente: “no se preocupe, me sabe a gloria”. Tardé unas cuatro horas en todo el proceso, acudí con mi hermana y mi esposa, todos de la edad. Era algo raro, un alivio, sentía que la vida fluía, que había futuro. Solo pasaron dos meses para que me llegara la segunda dosis, ahora mucho más ágil, pero me provocó el mismo sentimiento. Y la tercera unos meses después, la única que me dio reacción. Lagrimeé mientras la recibía, no de dolor, sino de inigualable paz.

Fue luego de la aparición de la variable omicron que las cosas se calmaron en el planeta. El nivel de contagios fue todavía más impresionante que con las anteriores olas, pero la letalidad mucho menor. Desde ahí, se instaló la idea del COVID como una enfermedad más, que, si bien requiere cuidados especiales, no asusta tanto como al principio. Terminó mi año sabático en Bolivia y volví a México en febrero de 2022, cuando la “nueva normalidad” empezaba a abrirse paso.

Aunque esta historia no ha terminado, ya es un tiempo en el que uno se puede poner la interrogante sobre

*lo que el COVID nos dejó.*

Sí, sé que es prematuro para un balance, pero algo se puede decir todavía a título provisional y como ideas que se verá si resisten al tiempo. Y para eso, en México, qué mejor que revisar los datos de la encuesta *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*, de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Es la primera vez que veo con detenimiento información cuantitativa, y cuando los datos salen a la luz, en abril de 2022, es también la primera vez que tengo el espíritu más calmado como para revisarlos con cierta distancia.

El COVID llegó cuando la sociedad mexicana estaba profundamente sumergida en la plataforma informacional: 78% de los hogares tiene conexión a internet, 73% se conecta por red en casa. La información circula a través de televisión (82%), internet (76%), Facebook (67%), WhatsApp (60%); en menor medida por YouTube (47%), y un sector menor lo hace por periódicos

(21%) y revistas (11%). Sin duda que el confinamiento aceleró la vida virtual aprovechando las condiciones ya instaladas.

Paradójicamente, toda la socialidad atravesó por un dispositivo, por lo que los ciudadanos estuvieron encerrados en una habitación pero conectados con el mundo. En efecto, la concentración de roles sociales (paternidad, mundo laboral, social, familiar, lúdico) confluyeron en un territorio mínimo y solo tuvieron un canal de expansión: la red.

Más allá de las diferencias sociales que habrá que estudiarlas con detenimiento, la pandemia y sus consecuencias llegaron a toda la población, aunque obviamente la manera de enfrentarla no fue la misma, de acuerdo con la posición social.

La encuesta revela que 32% se enfermó de COVID y que 16% perdió algún miembro del hogar. El luto entró en casi dos de cada diez familias mexicanas. En términos emocionales, los datos respecto del virus como amenaza son reveladores: 19% se sintió “siempre” nervioso al inicio del confinamiento; 17%, intranquilo; 11%, triste; 8%, sin esperanza; 7%, deprimido, 9% sentía que “todo le costaba mucho esfuerzo”. Y más: 18% sentía “a veces” que “no valía nada”. Esa sensación contrasta con un optimismo moderado de la mitad de la población encuestada que piensa que la situación económica del próximo año “va a mejorar”.

La estructura para enfrentar a la enfermedad se apoyó preponderantemente en la salud pública: 66% de los encuestados afirmaron estar afiliados o inscritos a instancias públicas para la atención médica y 60% acuden a ellos cuando tienen alguna enfermedad. Curioso, pues cuando se interroga si recibieron un “apoyo del gobierno o de alguna institución”, 83% responde negativamente (sin considerar que la salud pública es un servicio estatal); y 93% afirma que sí fue un familiar quien se hizo cargo de cuidar al paciente durante la enfermedad, lo que muestra la importancia de la familia para combatir la pandemia.

El origen y solución del virus se lo percibe a partir de tres matrices diferentes. Por un lado, la explicación religiosa. Un sector minoritario (4%) considera que el COVID fue un castigo divino; 10%, que lo que nos va a ayudar a ponerle fin es la voluntad divina, y 15% confía “mucho” en los sacerdotes para proteger a la población. Una segunda matriz tiene que ver con una lectura



política: 23% considera que el COVID es “un invento político”, y 33%, “una consecuencia del abuso de la naturaleza”; 14% responde que son las políticas de salud del gobierno las que ayudarán al combate a la pandemia y solo 5% responde “mucho” a la pregunta sobre el esfuerzo de los políticos para proteger a la población del coronavirus (en contraste con 41% que afirma “nada”). La matriz de explicación médico-científica es la dominante: 36% considera que el COVID es un fenómeno natural, 61% considera que la solución es la vacunación de todos (44% confía “mucho” en las vacunas y 88% las ha recibido), y 54% afirma que son los médicos los que “harán su mejor esfuerzo para proteger a la población”.

Lo que resulta un dato revelador es que, a pesar de todo lo vivido en dos años de pandemia, 47% de los encuestados responde que su mayor miedo es ser víctima de algún delito, 34% a que su economía se vea afectada y solo 15% teme contagiarse de COVID. A pesar de su crueldad, la pandemia es menos preocupante que la inseguridad y después de la estabilidad económica.

En términos globales, la pandemia está dejando una sociedad distinta a la conocida antes de 2019. La activación de redes familiares y barriales fueron de la mano de una presencia estatal activa y con posibilidad de regular hasta los mínimos movimientos cotidianos (dejar de saludarse con beso en la mejilla o darse la mano, por ejemplo; hasta aquí ese ámbito de la vida no era normada por la autoridad, algún amigo mexicano que vive en París decía: “se agradece que el gobierno haga algo en nuestras vidas para protegernos”). Como siempre, cuando “por tu seguridad” el Estado despliega un aparato de intervención (pública, policial o política), recuperar la autonomía lleva años, a veces décadas. Se verá cuándo la sociedad vuelva a ser libre y autorregulada.

En mi experiencia particular, me tocó vivir esta temporada en medio de sufrimientos y desplazamientos, en tres contextos completamente distintos como el francés, el mexicano y el boliviano. Cada gobierno tuvo una manera propia de manejar la crisis sanitaria (sin contar que en Bolivia hubo cambio de administración en noviembre de 2020). Francia se apoyó en el sólido sistema de salud pública, combinado con duras medidas coercitivas y normas estrictas para paliar la expansión viral; México acudió al sistema de salud, pero no implementó medidas que impliquen multas y permitan más violencia y

corrupción; Bolivia, con una plataforma sanitaria pobre y deficiente, primero implementó contundentes normas de regulación de la movilidad, y, luego, solo apostó a tener vacunas. Mi paso por los tres países fue en momentos distintos de la pandemia: en Francia el inicio, el miedo al fantasma desconocido; en México el aislamiento y tránsito hacia La Paz, donde se fue regulando la vida paulatinamente, para finalmente volver a México.

Es extraño, cuando estaba en Francia, bajo el manto del estado social que respondería si caía enfermo, me sentía menos protegido que cuando estaba en Bolivia, donde básicamente tenía que confiar en la fuerza de mi cuerpo y el apoyo familiar. Seguramente a muchos nos pasó: tuvimos que combatir la incertidumbre articulando las promesas públicas (vacunas y médicos) con lo concreto de las redes familiares.

Lo cierto es que en toda esta experiencia fue sentir que el apocalipsis es más que un libro bíblico. Hace años vi una película que narraba cómo un asteroide iba a golpear la tierra acabando con todo, idea que fue retomada en el film recientemente estrenado “*No mires para arriba*” (2021). El punto es en el fondo el mismo: la desaparición de la colectividad, la muerte de nuestro mundo. Aunque en varias civilizaciones y en distintos contextos históricos y culturales se vivió algo así, esta es la primera vez que me tocó sentirlo con todas sus implicaciones. En ese contexto, solo quedaba una tarea y gozo: intentar sobrevivir.

¿Qué vendrá adelante? Difícil saberlo. Nos queda la pregunta que una vez una niña, hija de un amigo, le hizo a su padre y que ahora resuena con especial contundencia: ¿Todo lo que termina se acaba? No lo sé. Está por verse.

## BIBLIOGRAFÍA

- Berman, Marshall (2009). *On the town. One hundred years of spectacle in Times Square*. Nueva York: Verso.
- Berman, Marshall (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.
- Coordinación de Humanidades (2022). *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*. México: UNAM.
- Defreyne, Elisabeth, Ghazaleh Hagdad Mofrad, Silvia Mesturini y Anne-Marie Vuilleminot (dir.) (2015). *Intimité et réflexivité. Itinérances d'anthropologues*. Louvain-la-Neuve : Academia – L'Harmattan.
- Eribon, Didier (2015). *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Eribon, Didier (2016). *Principes d'un pensée critique*. París: Fayard.
- Jablonka, Ivan (2016). *La literatura es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, Edgar (1994). *Sociologie*. París: Fayard.
- Morin, Edgar (2012). *Journal (1962-1987)*. París: Seuil.
- Suárez, Hugo José (2018). *La Paz en el torbellino del progreso*. México: UNAM.
- Suárez, Hugo José (2022). *París a diario*. México: UNAM.
- Suárez, Hugo José (2023). "55 días de encierro en Montmartre". En *Los efectos de una pandemia*, Coordinado por Miguel López e Yvon Angulo. México: UNAM (En prensa).
- Trejo, Alberto y Gilda Waldman (Coords.) (2018). *Pasaporte sellado. Cruzando las fronteras entre ciencias sociales y literatura*. México: UAM.